Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *The Stillwater Girls*

© 2019, Nom de Plume LLC
This edition is made possible under a license arrangement originating with Amazon Publishing, www.apub.com, in collaboration with Sandra Bruna Agencia Literaria.
© 2026, de la traducción por María Lobo García
© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: noviembre de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87788-58-2
DL: B 11.853-2026

Composición:
Grupo Ormo

Diseño de interiores:
David Pablo

Impreso en noviembre de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Minka Kent

Las niñas del bosque

Traducción de María Lobo García



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

A mis tesoros.
Y a mi tesoro.

Capítulo 1

Wren

Sesenta y tres días: ese es el tiempo que ha pasado desde que mamá se marchó. Deslizo la tiza por la pizarra y tacho con una equis irregular el veintiuno de noviembre de nuestro calendario.

El jueves que viene Evie cumplirá ya nueve años… allá donde esté. Cuando se me viene a la mente su sonrisa ladeada, sus rizos dorados y sus rodillas huesudas, se me escapa una sonrisa, pero enseguida se desvanece. Sonreír supone un esfuerzo titánico cuando tienes los dedos congelados, el hambre te devora por dentro y el cansancio te provoca una sensación de pesadez en los párpados que te impide ver lo que tienes delante.

Últimamente a Sage, que tiene dieciocho años y ya no es una cría, le ha dado por jugar con la muñeca que le cosí a Evie por su cumpleaños… Supongo que se siente más segura sosteniéndola contra su pecho y meciéndola, como solía hacer mamá con ella. Yo, por el contrario, no busco ningún consuelo, pues me basta solo con sobrevivir.

El frío que hace por las noches en la cabaña cada vez es más intenso, así que nos vamos turnando para que el fuego no se apague. Anoche a Sage se le pasó su turno y me desperté con un temblor tan violento que a duras penas logré levantarme; cuando por fin di con las cerillas, en la penumbra, mi aliento ya provocaba nubes de vapor. Jamás había sentido un frío tan penetrante, un frío de los que te cala los huesos con tanta intensidad que da la sensación de que se te van a partir.

El viento que se desató por la noche sigue rugiendo esta mañana. Sage prepara de desayuno unos huevos sobre el chisporroteo del fuego mientras el muñeco deshilachado con esos botones inertes que tiene por ojos descansa en su silla, esperando. Así estamos

siempre, esperando… Y, entretanto, los suministros se nos van agotando poco a poco, y eso que todavía faltan semanas para lo que auguro que será un invierno despiadado. Los patos y los gansos iniciaron su migración hacia el sur antes de lo habitual y las hordas de arañas invaden la casa con enormes telarañas, un fenómeno que, según mamá, era señal de que algo malo sucedería muy pronto.

En el último mes hemos perdido cinco de nuestras ocho gallinas, pero no sabemos ni cómo ni por qué. Seguro que, si mamá estuviera aquí, lo sabría y encontraría la manera de evitar que volviera a ocurrir. Cada mañana, al asomarme al gallinero, temo encontrarme otra tendida en el suelo, de lado, sin vida, mientras alguna de las otras gallinas la picotea, porque no me quiero ni imaginar lo que ocurriría si perdiéramos las tres que nos quedan y el gallinero se quedara por completo vacío.

Me pregunto si se pusieron enfermas, como le pasó a Evie, y me pregunto también si ella seguirá estando enferma… Me imagino que sí porque no hemos sabido nada de mamá desde que se fueron en mitad de la noche en busca de ayuda para Evie, que estaba ardiendo por culpa de la fiebre alta y luchaba por seguir respirando mientras su pecho emitía un ruido constante, áspero y profundo, como si dentro tuviera piedras chocándose unas contra otras sin parar.

La mirada que tenía mamá mientras envolvía a nuestra hermanita en mantas de lana y preparaba su pequeña mochila se quedará para siempre grabada a fuego en mi memoria. De hecho, cada vez que cierro los ojos, podría jurar que la tengo aquí mismo, justo delante de mí.

Mamá nunca se ponía nerviosa, pero aquella noche entró en pánico. Las últimas palabras que nos dijo fueron: «No le abráis la puerta a nadie, chicas. A nadie, ¿me habéis oído?».

En su rostro se podía apreciar una tensión absoluta, pues sus labios estaban rígidos y apretados contra los dientes y sus ojos temblaban mientras sostenía a mi hermana, que permanecía inerte en sus brazos. Poco después, emprendieron su marcha y se

adentraron en el bosque de Stillwater que rodea nuestra propiedad. Con el corazón desbocado, observé cómo el vestido pálido de mamá se perdía en la distancia hasta acabar desapareciendo y, entonces, cerré la puerta.

Ya tendrían que haber regresado.

Capítulo 2

Nicolette

Necesito con urgencia una tirita… pero de esas que se ponen para tapar las crisis matrimoniales. El problema es que las tiritas no valen para heridas tan profundas, pues solamente son útiles para pequeños cortes y rasguños, como padrastros o cortes provocados por el papel, es decir, heridas que se curan rápido y acaban desapareciendo sin dejar huella. Pero nuestro matrimonio es un desgarro profundo y todas las cosas buenas, esas que necesitamos para seguir luchando y que nos definen como pareja, salen a borbotones de la herida y no hay ningún torniquete posible que las contenga. Yo no sé cómo parar esa hemorragia, lo único que sé es que tengo que intentarlo… porque lo estoy perdiendo.

–Nos aseguraron que podíamos fijar la fecha para la evaluación domiciliaria cuando nos viniera bien.

Estoy delante de los fuegos, salteando ajo y col rizada en mi olla Le Creuset mientras mi marido, que está sentado a la mesa de la cocina, levanta los ojos del portátil.

–No tardarán mucho, seguro que la licencia de familia de acogida en Nueva York estará lista pronto.

Brant se recoloca las gafas sobre el puente recto de la nariz y yo espero un gesto, una sonrisa o cualquier señal de que la noticia le agrada, pero nunca llega.

–Dijeron que, una vez que nos den el visto bueno, podría pasar hasta un año antes de recibir un niño en acogida –añado, tratando de ignorar la culpa que me invade cada vez que percibo la falta de entusiasmo de mi marido–. Aunque a veces te lo asignan al momento. Nunca se sabe.

Vuelve a concentrar su atención en la pantalla del portátil, enfrascado en la edición de unas fotografías para una exposición que

inaugurará dentro de poco. El Museo Bellhaus de Arte Contemporáneo, en Manhattan, ha seleccionado una de sus obras, que permanecerá expuesta durante los próximos cuatro meses. A pesar de que siempre había soñado con que su trabajo fuese reconocido por una institución de renombre internacional, desde que recibimos la noticia está siempre a la defensiva.

Con una cuchara de madera, echo la col rizada, ya cocinada, junto con los pedacitos de ajo dorado, a una fuente y me limpio las manos en el delantal antes de echar un vistazo al pollo asado en el horno.

–¿Te imaginas la casa con unos niños correteando? –le pregunto con una risita.

Yo sí me lo imagino. Me lo he imaginado miles de veces o quizá más. Es algo que ocurre cuando conoces al amor de tu vida con veintidós años, te casas con él y decides dejar para más adelante el tema de los niños para recorrer el mundo a su lado mientras fotografía los regalos más hermosos que nos ofrece la naturaleza y luego, a los veinticinco, sientes cómo el mundo se desvanece mientras estás tumbada sobre una mesa de quirófano a punto de ser sometida a una histerectomía de urgencia.

Recuerdo lo que me dijo Brant aquella mañana mientras me llevaban de vuelta en la camilla: «Eres todo lo que necesito, Nic, solo tú. Nunca he necesitado nada más y nunca lo necesitaré». Sostuvo mi mano entre las suyas, presionó los labios contra mis dedos y fijó sus ojos en los míos hasta que sentí cómo mi cuerpo se inundaba de calor y de su protección. Eso es lo único que recuerdo con claridad de aquel día porque todo lo demás está borroso, difuminado por tantos años de intentar olvidar que me arrebataron, sin previo aviso y sin que pudiera elegir, una parte de mi condición de mujer. Pero, al parecer, quitarte la posibilidad de tener hijos no consigue apagar ese instinto maternal, sino que lo vuelve todavía más difícil de ignorar, aunque ese sueño esté aún muy fuera de alcance, colocado en el estante más alto y sin una escalera cerca a la vista. Y, hablando de sueños, anoche volví a tener uno de esos sueños donde estoy empujando un cochecito de

bebé por el parque en un precioso día de otoño, pero, cuando bajo la vista, descubro que el cochecito está vacío. Siempre sueño que está vacío y es siempre entonces cuando me despierto empapada en sudor frío y con una presión en el pecho, hasta que me doy cuenta de que solo era una pesadilla porque no hay ningún bebé y nunca lo hubo.

Mi subconsciente es muy cabrón, es cruel y cobarde, y solo hace acto de presencia cuando sabe que no puedo defenderme, cuando no puedo acallar esa voz. Ya sé que estoy vacía, ya sé que quiero algo que no puedo tener.

–Ya has editado esas fotos mil veces –le digo mientras saco el pollo de nuestro horno de última generación en nuestra cocina completamente equipada, un regalo que nos hicimos hace dos años para Navidad.

Esas son las típicas cosas que empiezan a hacerte ilusión cuando no tienes hijos, pero daría lo que fuera por tener que limpiar, aunque solo fuera una vez, las huellas pegajosas de unas manitas sobre el acero inoxidable.

Brant no me responde y yo finjo ignorar la punzada de dolor que me causa el ocupar un segundo lugar en su vida después de su pasión. Siempre ha sido así, unos años mejor, otros peor, pero nunca había sido tan difícil como estos últimos dos. A veces siento unos celos irracionales de su trabajo, como si fuera una amante que le ofrece todo lo que desea, y me hace sentir pequeña e insegura a pesar de que yo nunca había sido así. Él me dice que tiene que perseguir a su musa, que a veces soy yo y otras veces no.

Echo de menos pasar tiempo con él, su presencia. Echo de menos su risa, su cariño, su ternura. Echo de menos todo lo bueno que hay en él, cada faceta que he amado sin reservas, sin dudarlo nunca. Echo de menos lo que éramos.

Llevo los platos con nuestra cena a la mesa y me siento junto a él, que cierra el portátil y lo aparta por compromiso y con cierta desgana.

–Lo siento, Nic. –Su mano busca la mía y nuestras miradas se encuentran mientras suspira–. La exposición en el Bellhaus es uno

de los logros más importantes de mi carrera y estoy siendo un egoísta.

Acerca la parte superior de mi mano a sus labios y nuestras miradas se cruzan. Me refugio en ese momento inesperado de ternura y abrazo mi ego herido como si fuera una manta cálida. Por primera vez en años por fin lo entiende, me entiende.

–No me imagino la presión que debes tener encima –respondo, siempre asumiendo el papel de pareja comprensiva, puesto que es algo de mí que no sé controlar–. Solo dime qué puedo hacer para ayudarte, ¿vale?

Supongo que, a lo largo de estos años, he sido yo la que ha creado un monstruo por volcarme siempre y apoyarlo incondicionalmente, pero eso es lo que se hace cuando amas a alguien y te comprometes a dedicarle toda tu vida pase lo que pase, porque su felicidad es la mía y viceversa; o, al menos, ese viceversa antes solía ser recíproco.

Brant me suelta la mano y coge un tenedor del interior de su servilleta de tela doblada.

–Lo del tema de ser familia de acogida…

Siento un nudo en el estómago. Brant nunca ha sido de los que sueñan con tener hijos y, siempre, cada vez que lo mencionaba, mostraba desinterés y me daba a entender que la decisión dependía de mí.

Después de la histerectomía valoramos la adopción, pero nos advirtieron que el proceso para tener un bebé sano podría llevarnos hasta diez años, así que lo pospusimos, seguros de que nos bastábamos el uno con el otro y autoconvenciéndonos como podíamos.

«Quizá sea una señal –me había dicho Brant–. No todos estamos destinados a ser padres».

Brant sobrellevó nuestra decisión refugiándose en su trabajo, aceptando más encargos internacionales y llevándome con él de viaje cada vez que podía. Recorrer el mundo me ayudaba a evadirme del vacío físico que había dejado en mí nuestra decisión… aunque solo fuera una sensación temporal.

Con el tiempo, ese vacío volvió con más fuerza y siempre parecía empeorar cuando el tiempo se ponía más frío y gris. Tal vez sean los árboles desnudos del bosque de los alrededores de nuestra casa los que me disparan esta sensación porque, en esta época del año, están muertos, con las ramas desnudas, vacíos, como mi útero, que ya no existe.

Intento no pensar en que, si hubiésemos seguido adelante y nos hubiésemos apuntado a una lista de espera, ya tendríamos un bebé, pero ese es el efecto que provoca el miedo: te hace cuestionarte lo que quieres y lo que crees que quieres.

–Me cuesta no saber qué esperar, cuándo nos darán el visto bueno y eso –confieso–. Pero tiene un puntito de emoción, ¿no crees? Como si estuviésemos viviendo una pequeña aventura.

–Lo estás idealizando –suelta, como ya me ha dicho muchas veces antes, con suavidad pero con tono firme–. Me preocupa que te encariñes y que acabe pasando algo.

–A mí me preocupa que haya un niño ahí fuera que pueda necesitarnos –respondo–. Y esa preocupación supera la tuya.

Le guiño un ojo para suavizar mis palabras y Brant sonríe con los labios cerrados mientras mastica, pero después de compartir con él casi la mayor parte de mi vida adulta, puedo intuir con certeza los pensamientos que esconde tras esa mirada perdida y esas arrugas alrededor de los ojos: «¿Te apañarás sola con el niño cuando tenga que irme de viaje? ¿No echarás de menos recorrer el mundo conmigo? ¿De verdad eres consciente de todo lo que estás sacrificando por esto? ¿Y si al final no conseguimos encajar con el niño? ¿Y si el niño tiene problemas que no estamos preparados para afrontar?».

Si me hiciera todas esas preguntas, como ya lo ha hecho antes, mi respuesta sería la misma de siempre: que me deje a mí lidiar con esos problemas porque no hay una sola situación que no haya contemplado durante esas noches sin dormir, que últimamente se han vuelto demasiado frecuentes desde que Brant se encierra en su estudio hasta bien entrada la madrugada para terminar su último encargo de *Vanity Fair*.

Mi marido vuelve a concentrarse en la cena para esconderse en su caparazón de nuevo y a mí se me viene a la mente aquello en lo que he intentado no pensar desde que lo descubrí en el cajón de sus calcetines.

Necesitamos hacer un torniquete, y lo necesitamos cuanto antes porque lo estoy perdiendo.

Capítulo 3

Wren

Haría cualquier cosa por ser capaz de ser como Sage y vivir sin preocupaciones.

No para de rugirme el estómago y me duele la cabeza, pero Sage no deja de cantar, así que estoy a punto de perder los nervios con la única persona con la que puedo hablar y que está bajo mi cuidado. A pesar de todo, consigo apartar ese pensamiento y me acerco a la diminuta ventana de la cocina para echar un vistazo al bosque, que se abre tras la cortina de cuadros, como tantas veces he hecho antes porque una pequeña parte de mí espera que mamá y Evie aparezcan de la nada, corriendo hacia nuestra casa con cara de cansancio, pero con una sonrisa dibujada en el rostro después de volver de su peligrosa travesía.

Cada noche, al tumbarme en la cama, me imagino a las dos volviendo a casa y me despierto con lágrimas secas sobre la almohada. A mí nunca me han mimado como a Sage, pero últimamente siento que, cuando cae la noche, mi paciencia está llegando a un límite. Y no es lo único que se está agotando: también mi esperanza, mi energía, nuestros víveres, esta vida. Todo se está… consumiendo, y dentro de poco no quedará nada.

La idea de marchitarme, de morir de frío y de hambre junto a mi pequeña e ingenua hermana me revuelve el estómago, pero pensar en abandonar la casa y cruzar el bosque hace que se me caiga el alma a los pies.

No nos permiten ir más allá del bosque y, aunque nos aventuráramos a ello, no sabríamos adónde ir, así que lo más probable sería que nos acabara devorando algún coyote hambriento. Si tengo que morir, prefiero que sea aquí, junto a la chimenea llena de hollín que tanto calor nos ha dado, que tantas comidas nos ha

permitido cocinar y que ha sido testigo de los cientos y cientos de historias que nos contaba mamá. Prefiero morir entre mis libros ajados, mis cuadernos de dibujo y la colección de muñecas que le he cosido a mis hermanas a lo largo de todos estos años. Prefiero morir envuelta en uno de los viejos vestidos de mamá mientras respiro el olor de su jabón de leche de cabra con lavanda antes que tumbada en la tierra, cubierta de ramas rotas y hojas secas.

–Sage, ya basta.

Mi voz, al romper el silencio de la cabaña, la deja callada de golpe. Quizá debería permitir que cante, tal vez eso sea lo único que le aporta la poca felicidad que aún le queda, pero ya es de noche y cuanto antes nos acostemos, antes podremos olvidarnos por un instante de este día interminable y antes dejaremos de sentirnos tan hambrientas, tan cansadas, tan solas.

Me acerco a la puerta, echo el pestillo y corro las cortinas de la pequeña ventana, como hacemos siempre al caer la noche.

«Por la noche siempre ocurren cosas malas –nos advertía siempre mamá–. La gente se vuelve más valiente y hace cosas que jamás haría a la luz del día».

Nunca nos explicó qué cosas, pero prefería no saberlo porque podía imaginármelas.

«El mundo es un lugar malvado, tesoros –nos decía mientras nos apartaba el pelo de la frente y nos besaba las mejillas regordetas, con olor a jabón, por la noche–. Aquí estáis a salvo. Aquí, conmigo. Yo nunca dejaré que os pase nada».

El fuego de la chimenea chisporrotea y Sage, callada, se balancea en una silla con la muñeca bajo el brazo mientras se inclina para observar una pieza de un puzle a la tenue luz del fuego.

Me cambio detrás de la puerta del armario, en una esquina de la habitación, y el vestido se cae, arrugado, al suelo. Me paso por la cabeza uno de los viejos camisones de mamá y tiro de él hacia abajo hasta que, después de deslizarse por mis caderas huesudas, el dobladillo de encaje me roza el empeine. Me echo el pelo hacia atrás con las manos y me lo recojo en una coleta baja, a la altura de la nuca, antes de acercarme a la palangana para asearme.

Los cepillos de dientes están metidos dentro de un viejo tarro de conservas que reposa junto al agua que teníamos reservada para el día de hoy, y cojo el mío, el de color verde fosforito. Siempre me ha hecho gracia que todo a nuestro alrededor sea de colores bonitos, pero muy apagados, como el blanco, el beige, el marrón o el gris, mientras que los cepillos son tan coloridos, como la caja de ceras que mamá le regaló a Evie cuando cumplió cinco años.

El Hombre, que es con el que mamá se reúne cada pocos meses para conseguir provisiones, fue quien se los consiguió. No dijo de dónde los había sacado, pero sí que nos explicó que hay tiendas y lugares donde venden este tipo de cosas, igual que hay sitios donde venden pienso para las gallinas o las cabras, o las telas y el hilo que usamos para confeccionar nuestra ropa.

Una vez, le pregunté a mamá si algún día podría llevarme a una de esas tiendas para elegir un patrón para un nuevo vestido o alguna tela que no tuviera ese estampado de florecitas. Pero, entonces, se le llenaron los ojos de lágrimas y, en lugar de responderme, me mandó que pelara las patatas para la cena y luego se puso a tararear *Simple Gifts* en voz baja. Quería demasiado a mamá como para hacerla enfadar y la respetaba demasiado como para volver a sacar a relucir el tema.

Agarro el bajo del camisón y me agacho hacia las cálidas llamas de la chimenea, junto a mi hermana, que permanece en silencio, y avivo el fuego que está apagándose. Añado tres leños más, que deberían darnos para unas horas, y luego cruzo el suelo de madera hasta llegar a la esquina, donde me espera mi cama, y me pongo los calcetines de lana más gruesos que tengo.

–Deberías ir aseándote ya –le digo metiéndome bajo la manta favorita de mamá un instante más tarde.

Sage coge otra pieza del puzle y bosteza.

–No tengo sueño.

–Claro. –Pongo los ojos en blanco–. Bueno, haz lo que quieras –añado.

Sage encaja la pieza del puzle y suspira.

–No van a volver, ¿verdad?

Me incorporo un poco, me subo las mantas hasta la altura de la cintura y pienso qué responder.

–¿Cuánto tiempo ha pasado ya, Wren? –me pregunta.

No debería sorprenderme ser la única que cuenta los días porque la mitad del tiempo Sage no sabe en qué mes estamos, aunque tampoco es que tenga por qué saberlo, pues siempre he sido yo la que lleva la cuenta del calendario mientras que ella se encarga de lavar los platos de la cena, de recoger los huevos y de poner esa sonrisa suya tan dulce para librarse de hacer el resto de las tareas.

–Ya ha pasado… un tiempo –respondo sin decirle que hoy se cumplen ya setenta y tres días.

–Mamá ya tendría que haber mandado a alguien a por nosotras, ¿no crees?

Se gira hacia mí mientras se aprieta contra el pecho la muñeca de trapo como si fuese una niña pequeña.

–Aquí nunca ha venido nadie. ¿A quién iba a enviar?

Sage levanta uno de sus hombros huesudos hasta la oreja y su pelo oscuro, liso como una tabla, cae sobre sus clavículas marcadas.

–No lo sé… ¿Al Hombre?

–¿Y cómo iba a saber dónde encontrarnos?

Yo llevo semanas haciéndome esas mismas preguntas en silencio y siempre he llegado a la misma conclusión. Mamá se había asegurado de que nadie supiera dónde vivíamos, así que, cada vez que veía al Hombre, desaparecía durante, al menos, ocho horas o más y regresaba con todas las provisiones cargadas en dos carretillas rojas. Nunca nos dejaba ayudarla porque Sage no tenía fuerza para recorrer todo ese camino y mamá quería que yo me quedara en casa cuidando de Evie. Además, no era seguro que unas niñas anduvieran por el bosque de noche. En el bosque había demasiadas cosas que podían acecharnos: hombres armados, animales rabiosos… o, al menos, eso era lo que siempre había creído, ya que, en mis casi veinte años de vida, nunca había visto nada de eso.

Mi hermana no responde a mi pregunta y se limita a seguir meciendo a su muñeca de trapo mientras contempla cómo las llamas danzan dentro de la chimenea.

Me tumbo de nuevo, me subo las mantas hasta el cuello y luego me pongo de lado mientras dejo que los párpados pesados se me cierren.

–¿Crees que les ha pasado algo? –pregunta Sage cuando ya estoy medio dormida.

Frunzo el ceño, aunque sigo con los ojos cerrados.

–Sage, a la cama, por favor. Hablamos mañana.

El crujido de la mecedora llena la pequeña cabaña seguido del suave golpe de la muñeca de trapo al caer al suelo.

–Tengo que salir a la letrina –dice en voz baja, porque sabe que ha esperado demasiado para ir.

Me cuesta un triunfo darme la vuelta y, cuando abro los ojos, me la encuentro de pie frente a la cama, con la mirada tensa y suplicante.

–Ya he cerrado todo. ¿No podías haber ido antes? –pregunto.

–Es que tengo muchas ganas –me asegura mordiéndose el labio inferior y saltando en el sitio mientras se cubre la parte inferior del vestido–. Me voy a hacer pis encima.

Echo las mantas a un lado y me levanto de la cama. Sage siempre, desde que tengo memoria, ha tenido problemas de vejiga. De pequeña, se aguantaba demasiado y luego, cada vez que orinaba, lloraba porque le escocía, por lo que terminaba aguantándose cada vez más. Después de aquello, mamá empezó a encargarle al Hombre antibióticos, pero ya se nos habían terminado el mes pasado.

Le agarro la mano, cogemos nuestras chaquetas de los ganchos de la puerta y enciendo la lámpara de queroseno antes de asomarme a la ventana y abrir el pestillo. Bajo la oscuridad de la noche y un cielo sin luna, cruzamos el césped a la carrera, pasamos el corral de las cabras, entre el gallinero y el cobertizo del jardín, y, por fin, llegamos a la caseta del baño, que está casi fuera de la propiedad.

–Date prisa –le pido mientras sujeto la puerta cuando la abre de golpe.

Me abrazo a mí misma, intentando entrar en calor mientras el aire helado me atraviesa el abrigo y se cuela por la fina tela del camisón. Tiritando, le pregunto si ya ha terminado.

–Casi –me avisa.

Me pongo en el lado que da al sur con la esperanza de esquivar el cruel viento del norte y dirijo la vista hacia el oscuro bosque de Stillwater, sumido en la oscuridad, justo en dirección hacia el claro en el que mamá y Evie desaparecieron hace setenta y tres noches.

De haber sabido que esa sería la última vez que las vería, quizá les habría dicho una vez más que las quería, quizá habría besado los deditos regordetes de Evie y quizá habría abrazado a mamá con tanta fuerza que habría tenido que apartarme de ella para poder respirar. Le habría dado las gracias por protegernos de todos los males del mundo, por las comidas calientes, por la ropa de abrigo y el refugio contra el frío, por las canciones y las nanas que nos cantaba, por los libros que alimentaban mi mente y me permitían escapar a otros mundos en aquellos interminables días de verano, por las historias que nos contaba sobre su feliz infancia en una época en la que el mundo era más humano y amable, y por los relatos de todos los familiares a los que nunca llegamos a conocer antes de que el mundo exterior se volviera frío y cruel. Pero, sobre todo, le habría dado las gracias por su amor tan incondicional.

La puerta de la caseta se abre con un chirrido y, después, el viento la alcanza y la golpea contra la pared.

–¿Wren? –me llama Sage.

–Aquí estoy –le respondo.

Salgo a su encuentro y le cojo la mano para guiarla de vuelta a casa, donde el resplandor del cálido fuego, a través de las ventanas, nos va iluminando el camino.

–¿Ya estás mejor?

Asiente.

–¿Te vas a la cama ya? –le pregunto.

Sage vuelve a asentir.

–Te prometo que mañana por la mañana hablamos –le aseguro cuando estamos ya casi en la puerta de casa.

No sé muy bien qué puedo decirle para calmar sus preocupaciones cuando yo misma llevo semanas tratando de lidiar con las mías

y fracasando en el intento, pero haré lo posible por no robarle la poca esperanza que queda en esos dulces ojos color café.

En cuanto entramos, cuelgo nuestros abrigos y Sage se pone el camisón, un vestido blanco de algodón con encaje en la parte de abajo que antes era mío, y después, observo cómo se pone otro par de calcetines de lana gris encima de los que ya lleva. A continuación, cierro la puerta por última vez esa noche y nos aíslo del silencio que me recuerda lo solas que estamos en este mundo y en esta casa que mamá siempre decía que era «nuestro pequeño rincón de cielo en la tierra» y «el lugar donde nadie puede hacernos daño».

Recojo la muñeca de Sage del suelo y se la dejo sobre la almohada, a su lado, mientras me prometo que mañana tendré más paciencia con ella. Tal vez le cante una de las canciones favoritas de mamá e intente encontrar la forma de distraerla de todo esto, aunque sea solo por un segundo.

–No voy a permitir que nos pase nada –le susurro para después arroparla y darle un beso en la frente como hacía mamá–. Te lo prometo.

Vuelvo a mi cama, me enrosco bajo la colcha y me subo las mantas hasta la cabeza para refugiarme del frío con el poco calor que queda en mi cuerpo.

No vamos a morir, y menos aquí, de esta manera: congeladas, solas y olvidadas. Mamá no querría eso para sus chicas.

Capítulo 4

Nicolette

–Pensaba que el que se supone que debe estar nervioso esta noche era yo –comenta Brant apoyándome la mano en la parte baja de la espalda y dándome una copa de champán.

Le devuelvo una sonrisa forzada y, justo cuando voy a responderle, un hombre con un traje de tres piezas y una mujer vestida de Givenchy y cubierta de diamantes de los pies a la cabeza se lo llevan.

Esta noche, todos los presentes son compradores, marchantes o fieles amantes de la fotografía; y me imagino que al menos una de esas personas será también la amante de mi marido.

–¿Nicolette? Madre mía, cuánto tiempo –exclama una antigua compañera de cuando trabajaba en la galería Berkshire viniendo a mí para luego posar la mano sobre mi brazo, acercarse a mi mejilla izquierda y dar un beso al aire.

No me acuerdo muy bien de cómo se llamaba porque la conocí hace mil años y coincidimos muy poco tiempo, puesto que no llevaba demasiado tiempo trabajando allí cuando un atractivo fotógrafo entró a una reunión con el director y salió con mi número de teléfono y la promesa de ir a tomar algo juntos el viernes siguiente. Pero juraría que su nombre empezaba por M, sí… Mariah… Marie… Marin: eso es.

–Marin –le contesto con el mismo entusiasmo que llevo fingiendo durante toda la noche–. Qué gusto verte. Me alegro de que hayas podido venir.

Ella abre la mano, con sus uñas perfectamente arregladas sobre su escote lleno de pecas.

–¿Brant Gideon en el Museo Bellhaus? ¿Estás de broma? No me lo habría perdido por nada en el mundo. Todavía me acuerdo de

cuando estaba empezando… Era el artista famélico más atractivo que había visto en mi vida. Y, entonces, tuviste que aparecer tú y robármelo. –Me da un golpecito en el brazo–. Sabes que es broma –dice ladeando la cabeza mientras su sonrisa se desvanece–. Sois asquerosamente perfectos y estáis hechos el uno para el otro, así que me alegro muchísimo por vosotros. En fin, me han dicho que os habéis ido de la ciudad. ¿Dónde vivís ahora?

Le doy un sorbo al champán y dejo que las burbujas me hagan cosquillas por la garganta antes de responder.

–En el norte.

Marin me estudia entrecerrando esos ojos suyos que nunca se pierden detalle.

–Vaya, qué sorpresa.

Yo arqueo una ceja, pero no me quedo callada:

–¿Por qué?

Ella se encoge de hombros.

–Bueno, es que me había imaginado que viviríais en un lugar un poco más… ¿exótico?, teniendo en cuenta su profesión.

–Viajamos bastante, pero cuando no está trabajando, le gusta la tranquilidad –explico.

–¿Y a ti?

Yo dudo un poco ante su pregunta, algo invasiva teniendo en cuenta que no me ha visto desde que tenía veintidós años y ha pasado bastante tiempo.

–Perdona –se disculpa agitando la mano–. Es que… recuerdo que cuando trabajábamos juntas, siempre decías que querías un apartamento con vistas a Central Park. Si mal no recuerdo, me contaste que habías nacido y crecido en la ciudad, y que aquí morirías también.

Sí, lo había dicho, pero lo había olvidado por completo.

Esbozo una media sonrisa y alzo la copa.

–Como se suele decir: «Si quieres hacer reír a Dios, cuéntale tus planes».

Marin se ríe, aunque no creo que mi comentario haya sido especialmente gracioso, y, entonces, la veo mirar hacia mi marido.

–En fin, tengo que seguir con mi ronda de saludos –me dice golpeándome suavemente la muñeca–. Yo solo he venido a hacer contactos. Y a babear un poco con tu marido.

Marin me guiña un ojo antes de alejarse con paso firme y, de golpe, me acuerdo de que su sentido del humor era tan peculiar que era imposible saber si estaba hablando en serio o no. Sin embargo, lo dejo pasar porque sé que Marin no es su tipo, así que no supone ninguna amenaza. A ella le gusta demasiado llamar la atención y en casi cualquier conversación acababa soltando algún nombre importante, pero Brant nunca ha sido de los que les importe el estatus ni ascender socialmente; eso fue precisamente lo que me atrajo de él cuando nos conocimos: que no tenía ni idea de quiénes eran mis padres, y era justamente esa ignorancia lo que lo colocaba por encima del resto de los hombres que hasta entonces había conocido.

De pie en una sala llena de rostros familiares, un auténtico quién es quién del panorama artístico de Manhattan, veo como todas las miradas terminan posándose en mi marido, que abandona su habitual actitud introvertida y se enfunda en el papel de un visionario artista carismático fuera de serie. La gente lo rodea, pendiente de cada palabra como si fuera lo más fascinante que hubieran escuchado nunca.

Él les regala sonrisas cálidas, algún que otro apretón de manos y guía a un grupo de ellos mientras explica el proceso de inspiración que hay detrás de su serie *Lost in Nature*, el proyecto en el que ha estado trabajando desde que nos fuimos de la ciudad. Es el proyecto de su vida: innovador y brillante. Aunque nunca imaginé que tardaría casi una década en terminarlo.

Recorro la sala hasta encontrar un retrato mío de pie, descalza, en un arroyo, con el amanecer bañándome la coronilla mientras me sostengo entre las manos la tela del vestido traslúcido. Una mujer con un vestido negro ceñido se detiene ante él, sola, con una copa de vino tinto en la mano y una pulsera de diamantes abrazando su muñeca izquierda. Observa mi fotografía y yo la observo a ella. Permanece un instante más frente a la imagen antes de pasar

a la siguiente –una fotografía inquietante de un claro boscoso al amanecer–, pero no tarda en avanzar hasta la siguiente y, después, a la siguiente. Pero, tras unos minutos, regresa a la mía.

Tengo la mirada puesta en ella y no podría apartarla ni aunque quisiera: ¿es ella? ¿Es la amante de mi marido? ¿La mujer con la que pudo haber tenido una hija? ¿Se está comparando conmigo como haría una amante con la esposa del hombre al que ama?

Su pelo negro azabache, cortado a la perfección, forma una cortina brillante que le oculta parte del rostro. Es deslumbrante, con esa elegancia sobria y refinada propia de la aristocracia de Nueva York, y desprende aplomo y compostura desde cualquier ángulo.

No sé cuánto tiempo llevo viéndola analizar mi fotografía, pero cuando veo a mi marido acercarse a ella, me da un vuelco el corazón y la sangre se me hiela. En cuanto sus miradas se cruzan, ella sonríe y él se inclina para darle un beso entre la mejilla y la boca, pero un beso de verdad, no un beso al aire. Luego, mientras hablan, le toca el brazo desnudo y la mira fijamente, como si solo tuviera ojos para ella: está completamente embelesado.

La forma en la que ella lo observa la conozco bien porque son los mismos ojos con los que yo lo miraba cuando era una joven mariposilla, encantada de haber quedado atrapada en su red.

Unos invitados se acercan, lo que obliga a Brant a acercarse aún más a la mujer, pero no se aparta, sino que se queda ahí, invadiendo con gusto su espacio personal como si la conociera de toda la vida. Yo empiezo a sentir cómo las burbujas del champán se arremolinan en el estómago, así que recorro la sala con la mirada en busca del baño de mujeres más cercano por si acabo vomitando.

Brant tiene encanto, eso es innegable, y puede ser amable y cercano, pero de todas las exposiciones, inauguraciones y firmas de libros a las que habíamos asistido, nunca lo había visto comportarse con nadie como lo estaba haciendo con esa mujer. Cada segundo que pasa, juraría que se le marcan cada vez más los hoyuelos y, en sus ojos azul turquesa, percibo un brillo tan evidente que puedo verlo desde aquí.

–¿Estás bien?

Una mano cálida se posa en mi hombro y, al girarme, veo a Marin a mi lado.

–Tienes cara de estar a punto de vomitar.

Finjo una sonrisa y niego con la cabeza.

–Es el champán, que no me ha sentado bien.

Ella alza las cejas y suelta una risa nasal.

–Cariño, es un Cristal y a nadie le sienta mal un champán de tanta calidad. ¿Seguro que estás bien?

Brant y la mujer siguen absortos en su conversación, aunque, a estas alturas, bien parece que estuvieran metidos en su propia burbuja. La sangre, que hace un momento sentía que se me helaba, ahora me arde. Si no fuera una dama, ya habría hecho lo posible por llamar su atención y preguntarle qué demonios está pasando, pero no puedo hacerlo aquí, no puedo montar un espectáculo delante de gente que podría decidir el futuro de la carrera por la que lleva toda su vida trabajando.

Marin sigue mi mirada y enseguida ata los cabos y entiende qué es lo que me niego a decir en voz alta.

–¿Es por la mujer de pelo oscuro? –Asiente en su dirección–. Es fotógrafa y tiene un estilo bastante parecido al de Brant. Creo que lo admira mucho, eso es todo. Se pasa a menudo por Berkshire para que le gestionemos sus obras.

–¿Cómo se llama? –le pregunto, pues esa puede ser la única oportunidad que tengo de averiguarlo.

–Clara Briese –me responde.

Me grabo su nombre a fuego en mi mente y lo repito en silencio decenas de veces por si alguna vez necesito recordarlo.

–Antes estaba mirando mi foto –explico sin tener muy claro por qué estoy contándoselo a Marin o si aquello significa algo.

Al decirlo en voz alta, suena tan ridículo que hasta me parece una tontería estar preocupándome por algo así.

–Seguramente piensa que eres guapísima –se ríe Marin.

Pienso para mis adentros que su explicación no tiene mucho sentido, pues es demasiado simplista y optimista como para aplacar mi inquietud.

–Le van las mujeres –insiste Marin–. Solo y exclusivamente las mujeres. En fin, hablando del rey de Roma… –dice para después darse la vuelta y perderse entre la multitud.

Cuando levanto la vista, veo que mi marido viene hacia mí.

–¿Va todo bien? –me pregunta cuando llega a donde estoy.

El aroma de su perfume, tan familiar, me embriaga con esas notas a madera tan viriles que antes me hacían sentir segura porque me recordaban al olor de nuestro hogar. Fingiendo una sonrisa, asiento porque, al fin y al cabo, estoy mejor que hace un rato.

–Sí, claro. ¿Tú estás bien?

–Desde luego. –Mi marido se pone a analizarme con detenimiento–. Si no te encuentras bien, no tienes más que decirlo y nos vamos ahora mismo –me asegura.

–No digas tonterías. Esta es tu gran noche y yo estoy bien –miento.

A Brant se le iluminan los ojos, aunque no con la misma intensidad que cuando estaba mirando a Clara. Al menos, me consuela saber que él no es su tipo.

–Está siendo una velada magnífica y sé que nos ha costado llegar hasta aquí –me dice–, pero no dejo de pensar en que lo más exquisito de todo este lugar lo tengo aquí delante, frente a mis ojos. –Se acerca a mí y me roza los labios con los suyos mientras me acaricia la mejilla con la punta de los dedos–. No eres solo mi musa –susurra–, lo eres todo para mí. Sin ti, nada de esto sería posible.

Hace un año, le habría creído, como siempre hacía, pero después de que el mes pasado encontrara la fotografía de una niña rubia con los mismos ojos color azul turquesa que Brant, escondida bajo el organizador de cuero del cajón de sus calcetines, ya no sé si puedo confiar en sus palabras.

Brant me besa una vez más antes de deslizar las yemas de sus dedos por mi brazo y terminar apretándome la mano.

–Moffatt acaba de entrar y parece que trae los bolsillos llenos de billetes. Debería ir a saludar… –Me sonríe, esperando una risita cómplice que me fuerzo a soltar mientras siento un nudo oprimiéndome el pecho y luego me tiende el brazo y asiente con la cabeza–. Ven conmigo. Te lo presento.

Me he pasado la mayor parte de mi vida adulta siguiendo a este hombre por zocos marroquíes y acantilados griegos, por antiguas ruinas mayas y exuberantes paraísos amazónicos. Abandoné mi Manhattan, el único lugar que consideraba mi verdadero hogar, solo porque él me lo pidió. Y después construí nuestro pequeño oasis en Stillwater Hills, ese pueblo del estado de Nueva York donde nació, tan deprimente y alejado del mundo, mientras intentaba obviar esa punzante nostalgia que nunca llegó a desaparecer del todo. Le preparaba sus cenas *gourmet* favoritas y me obligaba a disfrutar de los clásicos del *jazz* que tanto amaba. Me acostaba con él cuando sentía que necesitaba desahogarse, incluso aunque yo no estuviera precisamente de humor. Le ofrecía café cuando pasaba las noches en vela y le daba masajes en los hombros cuando llevaba demasiadas horas encorvado frente al ordenador, absorto editando sus fotografías.

Sin embargo, hubo algo que jamás logré darle: una familia. Y me destroza pensar que otra mujer sí que se la haya podido dar.

Entrelazo mi brazo con el suyo, ocultando mi malestar y sintiéndome una falsa, mientras me presenta al magnate inmobiliario Robert Moffatt y a su despampanante y joven esposa, Temple Rothschild-Moffatt, una aristócrata de alta cuna, muy embarazada, a la que el tercer trimestre no le ha quitado las ganas de ir luciendo un conjunto de Versace de pies a cabeza y calzarse unos tacones de aguja de quince centímetros. La conversación entre Brant y Robert pasa a un segundo plano y Temple se acaba retirando con una disculpa mientras yo vuelvo a recorrer la galería con la mirada. Mis ojos se posan en todos los rostros bonitos que inundan la sala: la rubia delgadísima, como un fideo, con una estola de piel sintética; la morena con aire intelectual, los labios pintados de rojo y unas gafas de montura transparente; la *socialite* del pelo teñido de color lavanda que le lanza miraditas a mi marido cuando cree que nadie la observa. Podría ser cualquiera de ellas, o podría no ser ninguna. Lo único que sé con certeza es que la necesidad de saber exactamente quién es está empezando a consumirme.

La mano de Brant se desliza hasta la parte baja de mi espalda y me atrae hacia él. La sala me empieza a dar vueltas, siento que me estoy asfixiando y un sudor frío me empapa la frente.

–Me vais a perdonar –me disculpo, interrumpiendo su charla y saliendo de la sala.

Nunca había tenido un ataque de pánico, pero estoy segura de que me encuentro al borde del primero.

Estamos a mediados de diciembre y las aceras están cubiertas por una fina capa de nieve. Algunas tiendas cercanas ya han cerrado, pero sus luces navideñas parpadean en los escaparates y hay coronas de acebo colgadas en las puertas de cristal. Antes, al ver estas cosas me invadía una sensación de calidez muy reconfortante, pero ahora ya no siento nada.

Jadeando por la falta de aire, cierro los ojos e intento concentrarme en la sensación del frío que me cala los pulmones; luego empiezo a contar hacia atrás desde diez, repitiéndome que, cuando llegue al uno, estaré bien… al menos, de momento.

Diez… Nueve… Ocho… Siete…

–Nicolette.

Abro los ojos y me encuentro a mi marido de pie frente la puerta del museo, con las manos metidas en los bolsillos de su traje de Prada. Su actitud tan calmada me parece un insulto en un momento así.

–Cuéntame qué te pasa –me pide antes de avanzar hacia mí, ladeando un poco la cabeza mientras me mira como si fuera un enigma incapaz de descifrar–. No pareces tú, llevas toda la noche muy rara.

Entreabro los labios para responder, pero no me salen las palabras. Aún sigo dándole vueltas a qué hacer: cuándo pedirle explicaciones, cómo hacerlo y, también, cómo gestionar lo que siento después de haberme imaginado una situación tan dramática por una simple fotografía de nada.

Brant me rodea con sus brazos; el calor de su cuerpo y la firmeza de su abrazo me resultan reconfortantes y asfixiantes a partes iguales.

–Si no te importa –digo con la voz amortiguada contra su chaqueta impecable–, voy a pedir un taxi para volver al hotel. Creo que estoy cogiendo algo.

Se aparta y clava los ojos en los míos. Sé que no se traga mi excusa, pero a estas alturas ya me da exactamente igual porque lo único que quiero es despojarme de este vestido, arrancarme las horquillas del pelo y quitarme el maquillaje de la cara antes de que las lágrimas tengan la oportunidad de echármelo a perder. Todo lo demás lo gestionaré en otro momento, cuando no lleve encima tres copas de champán ni me haya venido abajo solo porque una mujer guapísima se ha quedado embobada mirando mi foto y mi marido la ha saludado con esa sonrisita tan característica con la que se le marcan los hoyuelos y su mirada de ojos turquesa muy brillantes. Brant echa un vistazo por encima de mi hombro en dirección a unos faros que se aproximan y levanta el brazo para parar el taxi.

–Descansa –dice él mientras recoge la cola de mi vestido, me ayuda a entrar y después, cuando cierro la puerta, me hace un gesto para que baje la ventanilla–. Estoy al tanto del teléfono por si necesitas algo.

Agradezco su preocupación, pero no puedo ignorar esa vocecita en el fondo de mi mente que me susurra lo extraño que es que me deje marchar sin pensárselo dos veces.

Le suelto la mano y le hago un gesto de despedida mientras me fijo en el destello que emiten sus ojos bajo el reflejo de la luna llena. Hace mucho tiempo, esos ojos me hacían sentir como en casa, pero ahora lo único que veo es a esa niña.

Capítulo 5

Wren

–¡Wren, ha nevado! –me despierta muy emocionada Sage con un chillido y yo me tapo de nuevo la cabeza con las mantas–. ¿Podemos hacer caramelos de sirope de arce?

No tengo fuerzas para explicarle que para eso necesitamos melaza y que no nos queda; tampoco tenemos azúcar. Solo nos quedan huevos y leche de cabra, un saco de harina, algunos botes de alubias y unas cuantas patatas, cebollas y ajos en la bodega. Lo sé porque, aunque llevaba semanas evitándolo por temor, ayer acabé haciendo el inventario.

Me levanto, me pongo las botas y me aprieto los cordones antes de coger mi abrigo de invierno del perchero de la puerta y la cesta de los huevos que está junto a la entrada. Tengo que echar un vistazo a las gallinas para asegurarme de que han sobrevivido a este frío de anoche.

–Ahora vuelvo –le digo a Sage.

Avanzo con dificultad por la nieve, que casi me llega al borde de las botas y, cuando estoy casi llegando al gallinero, mis ojos cansados se clavan en unas huellas que cruzan el jardín delantero y rodean la casa. Me detengo en seco y me agacho para examinarlas mejor. Botas: son huellas de botas, y son enormes. Entonces, suelto la cesta y salgo corriendo hacia la cabaña. Después de pasarme todo el trayecto resbalando sobre la aguanieve, una vez que estoy dentro pego un portazo e intento cerrar con llave lo más rápido que puedo.

–¿Wren? ¿Qué pasa?

Sage se acerca a mí, pero cruzo la estancia a toda prisa, agarro una silla y la coloco al lado de la puerta. Me subo y trato de alcanzar la escopeta que descansa sobre el marco de la puerta.

–Wren –repite Sage mi nombre con más fuerza esta vez mientras su pecho sube y baja casi más rápido que el mío–, ¿qué pasa? Me estás asustando.

–Huellas –digo sin aliento y mareada mientras siento que la habitación me da vueltas–. Había huellas fuera.

–¿De coyote? ¿De oso? ¿De qué? –pregunta ella.

–Botas. Unas botas enormes.

Sage va hacia la ventana que hay junto a la puerta, abre la cortina unos centímetros y echa un vistazo afuera, pero yo la aparto de un tirón porque mamá nos grabó a fuego que en el exterior todo se rige bajo la ley del más fuerte, así que había que hacer todo lo posible para seguir con vida. Nos aseguraba que aquí estaríamos a salvo y nos decía que nuestro hogar era una fortaleza, lo cual siempre me pareció una tontería porque bastaba una buena granizada o un viento fuerte para que el agua y el aire se colaran por cualquier rendija. Y si los elementos de la naturaleza podían entrar, también podría cualquier otra persona o cosa. Cargo la escopeta, me la apoyo en el hombro y alargo la mano hacia el pomo de la puerta.

–¿Qué haces? –pregunta Sage con sus ojos brillantes como dos canicas pulidas.

–Voy a seguir las huellas.

Ignoro el nudo que tengo en la garganta y que me impide tragar, así como el temblor de mis manos al empuñar el arma. Rodearé la finca para inspeccionar el perímetro, aunque sospecho que el hombre ya se ha ido y espero que sus pisadas se pierdan en el bosque, donde tendré que detenerme. Pero si está ahí fuera, escondido, y me ve con un arma, tal vez no regrese.

Salgo de casa con el corazón en un puño y la culata de la escopeta bien encajada bajo el brazo. Sigo las huellas marcadas en la nieve mientras oigo el crujido de mis propias pisadas y los balidos de nuestras cabras. No sé quién será ni qué querrá, pero no pienso esconderme ni quedarme sentada esperando. No puedo ser una presa fácil.

Capítulo 6

Nicolette

Observo cómo el niño que va subido en el carrito de la compra que tengo delante de mí le da una patada a su madre y, después, cómo ella le agarra las piernas para inmovilizarlo. Él se retuerce y la madre, después de susurrarle algo al oído que le hace ponerse de morros, sigue empujando el carrito hacia el final de pasillo. Estoy segura de que esta escena se repite en todos los supermercados de los Estados Unidos, pero, igualmente, me encuentro absorta observando cada uno de sus movimientos e imaginándome a mí en el lugar de la madre.

Las mallas que lleva están llenas de pelos de perro de un color dorado y su camiseta está arrugada; su pelo oscuro, en cambio, lo lleva recogido en un moño impecable de bailarina y, cuando se pone de perfil, me fijo en sus facciones. A pesar de las ojeras y esos rasgos tan redondeados que la hacen parecer una niña, es muy mona. En su anular izquierdo descansa una fina alianza de oro adornada con un diamante minúsculo.

Sujeto con fuerza el manillar del carrito con las manos y aparto la mirada mientras intento recordar qué necesitaba de este pasillo. ¿Harina de almendras? ¿Xilitol? ¿Pepitas de chocolate negro para hacer postres sin azúcar? Estos no son los productos que yo siempre suelo comprar, pero Brant está siguiendo una dieta paleolítica, de estas modernas que hay ahora, y no come azúcar ni gluten porque, según él, así se potencia su capacidad creativa.

Intento hacer memoria, pero no hay manera. La falta de sueño de estas últimas semanas me está pasando factura y mi memoria a corto plazo se está viendo afectada. Durante un tiempo probé con pastillas de melatonina, pero solo me provocaban pesadillas, pesadillas muy concretas en las que aparecían mi marido, la niña

rubia y la otra mujer, pero sin rostro. Aquí, en mitad de un pequeño supermercado de mala muerte, me planteo que quizá sean imaginaciones mías… y le ruego a Dios que así sea.

Llevo años fantaseando con la idea de formar nuestra familia ideal; soñando despierta con mi marido sacándole fotos a nuestro hijo y yo guardándolas con cariño en álbumes; haciendo viajes por carretera a casa de mis padres en Nantucket, donde reciben a su nieto con los brazos abiertos y una buena dosis de mimos y donde mi madre les enseña a hornear sus famosas galletas de frambuesa y avena y mi padre, a navegar en su querido Parsifal III. Me he imaginado viajes de esquí a Vermont y vacaciones de verano en Europa, y nunca he deseado más vivir mañanas tranquilas desayunando tortitas y esas salidas a la ciudad para comprar material escolar.

Con un poco de suerte, no todo está perdido. Y de lo contrario, habré desperdiciado años haciendo castillos en el aire y soplando muchos dientes de león. Brant llevaba un año distante, y todo ese tiempo supuse que era porque nuestra relación se estaba volviendo monótona y aburrida, así que por eso insistí tanto en comenzar un nuevo capítulo en nuestras vidas y ser padres de acogida para ir «poquito a poco». Como estaba tan convencida de que ese era el momento, lo presioné demasiado, como una auténtica mujer desesperada: dejando caer comentarios, con miraditas y con bromas que, en realidad, iban en serio. A él le costó un tiempo pasar por el aro y, por aquel entonces, eché la culpa de sus dudas a su apretada agenda, llena de viajes. Cuando finalmente accedió, pensé que lo hacía porque se sentía culpable por lo poco que estaba en casa y porque yo nunca le había pedido nada; jamás.

Ahora temo que esté intentando ganar tiempo, esperando la oportunidad perfecta para romperme el corazón y reducir a cenizas la vida que tenemos en común. Lo único que no acabo de ver es su estrategia porque… él será el que tiene la fama, pero yo soy la que tiene el dinero: la casa, los coches; todo lo pagué yo con el dinero familiar de mi fondo fiduciario. Brant gana un buen sueldo, no diré que no, pero sin mí, su nivel de vida caería en picado,

igual que la tranquilidad de no tener que preocuparse por llegar a fin de mes, algo que no tiene precio y a lo que nunca se ha tenido que enfrentar.

Que yo sepa, Brant no tiene ni un duro ahorrado, básicamente porque nunca le ha hecho falta. Como tenemos el futuro asegurado, al menos en lo económico, siempre usamos sus ingresos para darnos caprichos, dinero que podía fundirse en lo que quisiera porque era él quien se lo ganaba y, en realidad, no nos hacía ninguna falta. Si esa niña es suya de verdad, me imagino que gran parte de su sueldo acaba en manos de la madre.

Un poco más allá, la mujer agotada que lleva al niño a rastras debe de haberse percatado de que la estoy observando, porque, sin previo aviso, se gira bruscamente hacia mí y entrecierra los ojos al intercambiar miradas. No es que me sorprenda porque, desde que nos mudamos aquí, siempre he sido «la de fuera»; da igual que lleve viviendo en este lugar más de una década, pues sigo siendo «esa pija forrada que vive en las afueras». La gente me ve con mis modelitos impecables y mis bolsos de diseñadores franceses, ven que no tengo arrugas de estrés en la frente ni ojeras en los ojos y piensan que lo tengo todo. Hubo un tiempo, no muy lejano… en que así era. Le dedico una sonrisa y ella se relaja al darse cuenta de que no la estoy juzgando, de que no soy tan estirada como parezco. Y si no fuera a parecer una loca entrometida, le diría lo afortunada que es por poder llevar mallas y moños todos los días, por aspirar las migas de galletitas saladas de los asientos de su monovolumen y por pensar en cenas sencillas que les gusten a los niños. Daría lo que fuera por sentir un agotamiento que valiera tanto la pena.

La mujer se da la vuelta y se cambia de posición, lo que impide que pueda observar a su hijo, como si ya no tuviera permitido hacer tal cosa. Seguro que ha pensado que era extraño que estuviese mirando tanto al niño, pero lo entiendo porque hace años, mucho antes de que nos mudáramos aquí, en el pueblo hubo un par de secuestros; ambos eran bebés y a ambos se los llevaron a plena luz del día. Los vecinos nunca superaron el miedo ni el

trauma de saber que algo perverso acechaba oculto en su preciado Stillwater Hills, así que hubo un montón de familias que se mudaron y huyeron despavoridas para no tener que saber qué niño sería el siguiente. No culpo a ninguna madre que intente proteger a su hijo porque es su derecho y su deber.

–Qué cosita más mona –digo mientras paso con mi carrito por su lado y el de su niño de ojos azules, con la esperanza de transmitirle sutilmente que no soy, para nada, una amenaza.

–Gracias –responde ella con voz entrecortada mientras aparta su carro del camino.

Harina de coco, eso era lo que me faltaba. Cojo una bolsa de medio kilo del estante y me dirijo al mostrador de la carnicería para tachar un par de productos más de mi lista antes de volver a casa, preparar la cena y hacer todo lo posible por fingir que todo va bien y que no me estoy rompiendo en pedazos. Una simple ráfaga de aire y me quedaría totalmente indefensa; y, aunque no sé muy bien qué implicaría eso, desde luego, no podía ser nada bueno para ninguno de los dos.